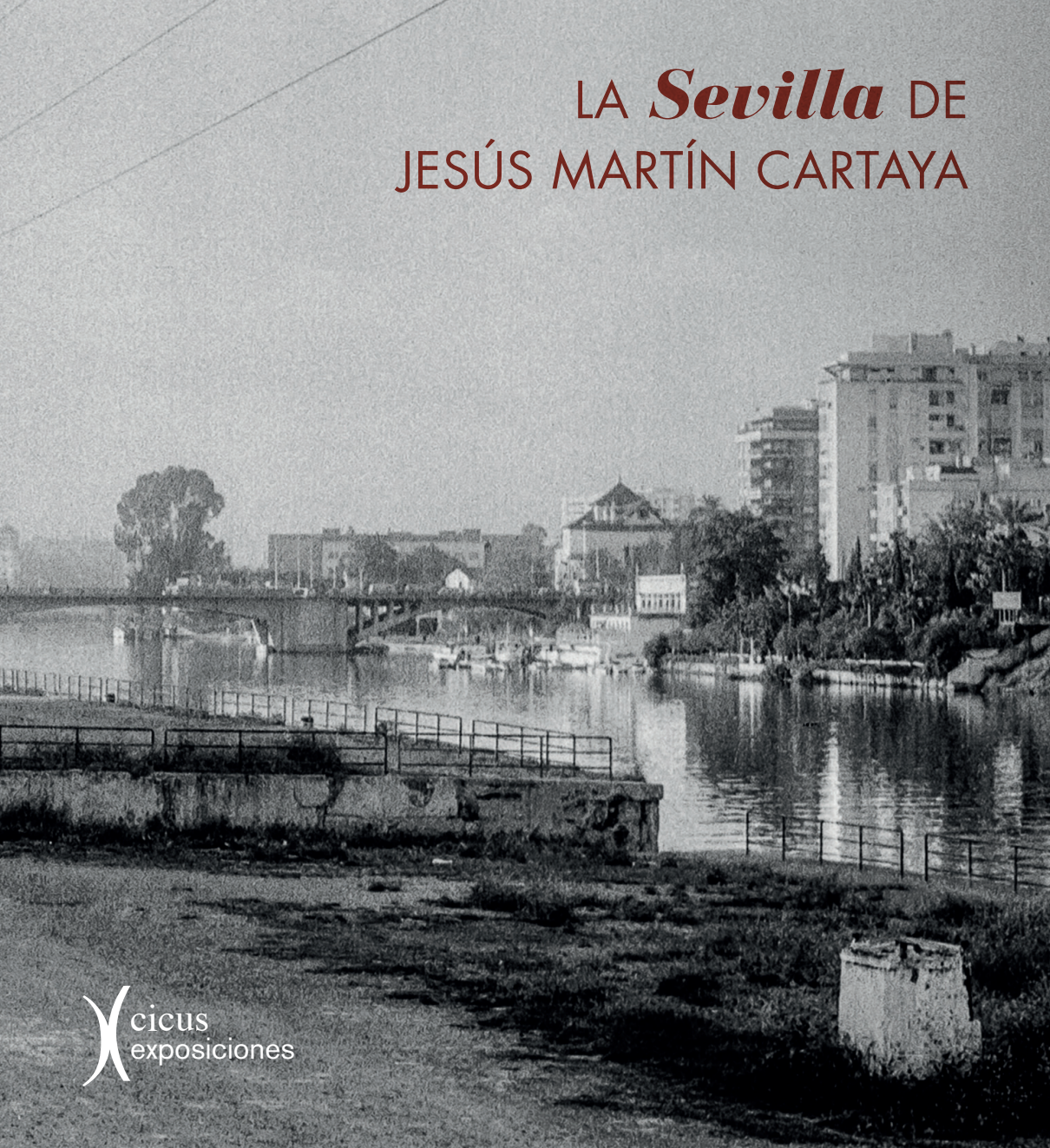
LA *Sevilla* DE JESÚS MARTÍN CARTAYA



cicus
exposiciones

cicus
exposiciones

LA *Sevilla* DE JESÚS MARTÍN CARTAYA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

u cicus

Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

LA *Sevilla* DE JESÚS MARTÍN CARTAYA

Del 7 de febrero al 23 de marzo de 2018. CICUS, Sala Casajús.
Calle Madre de Dios, 1. Sevilla

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Rector
Miguel Ángel Castro Arroyo

CICUS

Director General de Cultura y Patrimonio
Luis Méndez Rodríguez

Director del Secretariado de Patrimonio Histórico-Artístico
Luis Martínez Montiel

Jefe de Servicio
José Luis Hohenleiter Barranco

Director Técnico
Javier Gutiérrez Padilla

Titulado Superior coordinador de exposiciones
Domingo González Lavado

EXPOSICIÓN

Comisariado
Álvaro Pastor Torres
Pepe Morán Antequera

Asistencia técnica
Irene M. Villén Muñoz

Diseño expositivo y montaje
Otto Pardo, Esteban Guzmán e Isidoro Guzmán

Impresión fotográfica
Centro Fotográfico Reche

Rotulación e impresión digital
Trillo Comunicación Visual

CATÁLOGO

Textos
Luis Méndez Rodríguez,
Pepe Morán Antequera,
Álvaro Pastor Torres
y Carlos Navarro Antolín

Diseño y maquetación
Estudio Manuel Ortiz

Impresión y encuadernación
Imprenta Sand

© de la presente edición,
Universidad de Sevilla. CICUS

© de los textos, sus autores

ISBN 978-84-472-1976-6
Depósito Legal: SE 250-2018

El arte de contar historias

Jesús Martín Cartaya es un fotógrafo clásico, sin modas, sin tiempo. De la estirpe de quienes veían la fotografía como un registro de su memoria y de todas las memorias. Como Beauchy, Serrano, Sánchez del Pando o Barrera. Un fotógrafo para siempre. Martín Cartaya no piensa la fotografía, no prepara un escenario para atrapar una idea preconcebida. La interpreta como un arte de la observación, encontrando siempre algo interesante que fotografiar en un lugar ordinario. Elliot Erwitt intentaba argumentar qué era la práctica fotográfica y lo expresaba del siguiente modo: «Me he dado cuenta que tiene poco que ver con las cosas que ves y mucho con cómo las ves». Y Jesús parece que siempre estuvo allí, en el lugar exacto para retratar una Sevilla que puede que ya sólo exista en sus fotografías, y que Álvaro Pastor y Pepe Morán se han encargado con celo y mimo de estudiar y reconstruir.

¿Puede una sola fotografía llegar a contar una historia? Cuando el lector observe esta exposición o consulte las imágenes de este catálogo podrá responder a esta cuestión. Muchas de las fotografías de Martín Cartaya evocan diversas historias, tantas como sea capaz de recordar quien las observa. Algunas muestran un fragmento fugaz de la realidad, otras describen episodios históricos de la ciudad, otras tienen un gran poder evocador como el cartel de esta muestra, capaz de narrar visualmente un partido en el Parque Alcosa, como si fuera el partido de todos los domingos por la mañana de nuestras vidas.

El relato que ha ido tejiendo Martín Cartaya con sus fotografías es una coreografía coral de Sevilla y de los sevillanos, de los mitos que le dan sentido como comunidad. Quizá esto constituya uno de sus principales valores y logros, pues están construidas no sólo con la fuerza de la narración visual que poseen sus imágenes, sino también con el relato oral y la observación participativa de contar algo que ha sucedido realmente, sucesos vividos tanto por gente anónima como por los protagonistas de la vida política, cultural o social de aquellos años.

La exposición se realiza en esta sala Casajús, como justo homenaje al creador de las primeras imágenes fotográficas de Sevilla, estando dedicada exclusivamente a la fotografía, con la que pretendemos recuperar la memoria gráfica de la ciudad, a la vez que ser un espacio de reflexión y debate donde puedan encontrar cabida las diferentes formas de acercarse a la creación fotográfica en el pasado y en el presente.

Las fotografías de este catálogo son secuencias lineales, que si las pusiésemos en movimiento nos devolverían a lo largo de un tiempo ya pasado a un espacio que siempre es el mismo: la ciudad. Pueden leerse tanto individualmente como en grupo en un recorrido visual y emotivo, sin necesidad de contar una única historia explícita, pues adoptando una forma narrativa con sus diferentes elipsis, nos aportan el matiz expresivo de una forma de ver la *Sevilla de Martín Cartaya*. Podríamos decir que Jesús no tomó fotografías, disparó su objetivo desde una actitud, una disposición anímica, de profundo vínculo con la cámara, entendida casi como un vehículo de su aptitud y de su intencionalidad, porque nunca se distancia de la realidad en sus fotografías, sino que se mantiene fiel a una forma de fotografiar, de registrar objetivamente cualquier motivo para convertirlo en un documento. Y casi como hicieron los pioneros de la fotografía, recorriendo las calles, buscando paisajes, encomendándose a santa María de la Suela, como decían irónicamente los fotógrafos de hace 150 años, para salir con una firme determinación a atrapar con imágenes cuanto ocurría a su alrededor, con una actitud siempre honesta conforme a su bonhomía y personalidad.

Sus fotografías registran un tiempo, casi como un notario o un documentalista, que muestra con claras preferencias un gusto por la literalidad y por la oportunidad de atrapar la vida que palpita en la calle, en los espectáculos, en las fiestas grandes de la ciudad. Por eso sus imágenes no nos dejan indiferentes, porque no sólo nos cuentan historias de otros, sino que también bañadas en sales de plata discurren su empatía, su humanidad, su afecto y su afinidad por cuanto retrata.

Luis Méndez Rodríguez

Director General de Cultura y Patrimonio. Universidad de Sevilla.

LA MIRADA DE JESÚS MARTÍN CARTAYA

Pepe Morán Antequera
Álvaro Pastor Torres

Mantenía Ernst Gombrich, el historiador del Arte británico con pasado austriaco, que «no existe realmente el Arte, tan solo hay artistas». Así pues la fotografía de Jesús Martín Cartaya solo existe en la mirada del propio Jesús. De ahí que esta exposición de instantáneas sobre Sevilla, bueno, sobre una cierta Sevilla, remita inevitablemente a su autor, es por tanto y nunca mejor dicho, *La Sevilla de Jesús Martín Cartaya*.

Cada fotografía de este catálogo nos plantea una curiosa interrogante: ¿qué cosa de las que rodeaban al fotógrafo durante un paseo cotidiano fue el resorte que le hizo disparar la cámara? No hace falta recurrir a Gombrich para saberlo: su punto de vista. Pero el punto de vista de Jesús Martín Cartaya también tiene un nombre: amor. Amor por su Ciudad y por sus gentes, porque Sevilla para el fotógrafo no solo era o es una Ciudad, ni su Ciudad; es su hogar.

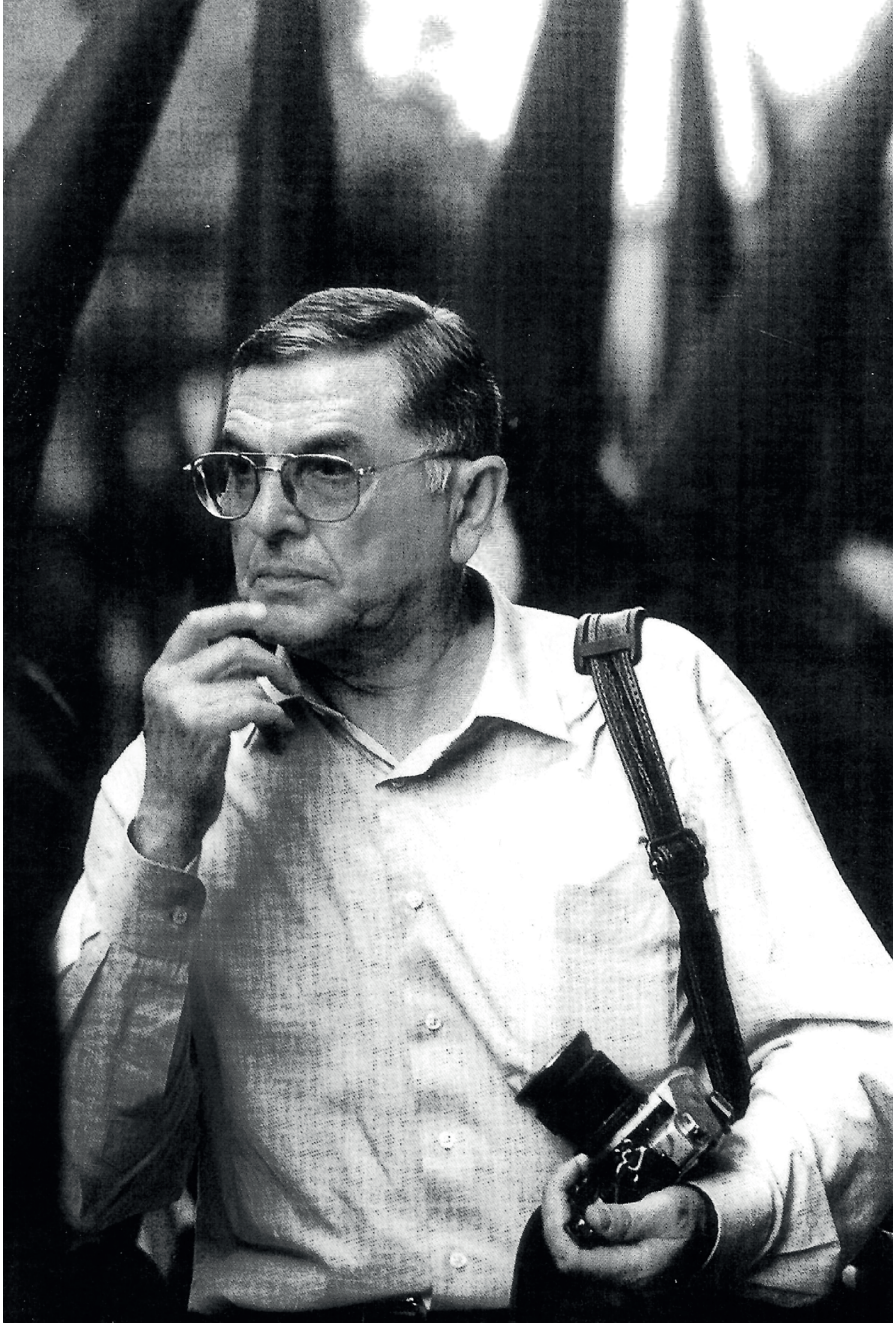
Es evidente que todo autor tiene su peculiar manera de mirar y esta exposición intenta mostrar cómo es la mirada de Jesús sobre su Ciudad. Una mirada limpia y apasionada, devota y muchas veces desgarradora, vital y optimista en el fondo. Cada fotografía es un ejemplo de atención y tensión máxima para captar lo maravilloso, lo singular, lo insólito de la vida cotidiana en la que todos estamos y vemos, pero que solo el privilegiado observa.

El fotógrafo es un espíritu sevillano que está en todas partes y al que todo el mundo conoce, estima y quiere. Pero es posible también retorcer el concepto y decir que Sevilla es el espíritu que habita dentro del fotógrafo. La Sevilla de Jesús Martín Cartaya también puede descifrarse como «Jesús Martín Cartaya de Sevilla». Tanto montan una y otra. Y por eso, el espectador de cierta edad puede reconocer en esa mirada la Ciudad que fue parte fundamental de su educación sentimental, mas ese sentimiento de melancolía por un paraíso perdido, si nos es permitido decirlo así, también puede mover al asombro en los espectadores más jóvenes, los que no conocieron el Teatro San Fernando [Fot. 9], el picador de reserva a la hora de hacer el paseíllo en la plaza de toros [Fot. 53], los guardias de la Campana [Fot. 4], el puente de hierro en Chapina [Fot. 35], los coches por la calle Tetuán [Fot. 17] o la Avenida [Fot. 11], el Gran Almirante [Fot. 7], las sillas de hierro en la Plaza Nueva [Fot. 23] o a Antonio Burgos firmando en la feria del libro ejemplares de su *Sevilla tuvo que ser* [Fot. 62].

Jesús Martín Cartaya nació el 25 de abril de 1938 en la calle Reyes Católicos, 7 —entre la Puerta de Triana y el puente—, muy cerca de donde vivía por entonces el poeta Rafael Montesinos. Hijo de Reyes Cartaya Román y de Antonio Martín Alborch, industrial del gremio de la espartería. Fue el quinto hijo de siete hermanos, todos varones: Antonio, Francisco, José, Ramón, Carmelo y Vicente. A los 15 años le regalaron su primera cámara, una Kodak de fuelle, y las cercanas orillas del río grande, con las gabarras atracadas en él unas veces [Fot. 2 del catálogo], y crecido y desbordado otras, fueron el escenario de sus primeros disparos. Al igual que el barrio de Triana, donde llegó muy joven por la vinculación familiar con la cofradía de la O [Fot. 47].

Jesús tuvo un buen maestro, quizá el mejor: Juan José Serrano Gómez (1888-1969), el joven pastelero que se trajo de Madrid Joselito *El Gallo* y que inició una fecunda saga en el fotoperiodismo sevillano que aún perdura. Serrano, amigo muy cercano de su padre, compartía tertulia en la célebre Bodega Morales con el pintor Andrés Martínez de León y otros personajes sevillanos, como el apócrifo conde de las Natillas, y allí iba Jesús para escuchar y aprender. También conoció y trató profundamente a otros de los grandes fotógrafos del momento: Serafín Sánchez del Pando, Gelán o Luis Arenas.

Mañana de Viernes Santo en Triana. Jesús Martín Cartaya con Fernando Fernández, c. 1958. Fotografía: Juan José Serrano Díaz.



Pero Jesús Martín Cartaya renunció pronto a dedicarse profesionalmente al mundo de la fotografía y encaminó sus pasos, buscando una estabilidad económica, hacia el ramo del comercio. Tras pasar por Almacenes Santos y Floma recaló definitivamente en Cortefiel, donde trabajó varias décadas y vendió miles de trajes para la Semana Santa a muchos sevillanos, entre ellos al mismísimo Paco Gandía [Fot. 70].

Si bien ha sido la Semana Santa la que ha dado fama a Jesús, no sería justo que pasara a la historia de la fotografía local solo por esa faceta, de ahí que esta exposición va a intentar demostrar que hay otro Martín Cartaya, igual e incluso mejor, que el de los pasos de palio, los penitentes o las tomas de posesión de las juntas de gobierno. Fotografías como la de Luis Ortega Brú llevando a su Cristo de la Caridad o la de dos costaleros de Máximo Castaño —*El Gabardina* y Bartolomé— saliendo de los faldones del paso de los Caballos un Jueves Santo ante el mosquetón de un Guardia Civil [Fot. 40] son ya iconos de la Semana Santa de Sevilla. Como podían haberlo sido otras imágenes de su «archivo secreto» que, por su amor y profundo respeto a esa gran fiesta, destruyó para siempre no hace mucho tiempo y donde no faltaban prestes revestidos con pluvial bebiendo de una bota vino, armaos montados en burro o nazarenos haciendo las cosas más inimaginables.

Pero junto al Jesús Martín Cartaya fotógrafo de la Semana Santa está el notario gráfico de la vida de Sevilla entre mediados de los cincuenta del siglo XX y la actualidad, con un finísimo olfato para perpetuar las glorias, las tragedias, y sobre todo, la vida corriente de una Ciudad provinciana que parece detenida en el tiempo: esos instantes que a tan pocos le interesaron —a su maestro Serrano sí— en una época donde ese tipo de imágenes valen hoy su peso en oro por la carestía de medios para retratarlas.

¿Cualquier tiempo pasado fue mejor? Posiblemente no. Pero fue. Y ahí estaba Jesús con su cámara para inmortalizarlo: niños betuneros salidos de una moderna novela picaresca en el entorno de la vieja plaza de la Encarnación [Fot. 19]; las rifas de papeletas ilegales [Fot. 20]; desfiles de la

Jesús Martín Cartaya en Mateos Gago un Martes Santo de calor, c. 1987. Fotografía: Millán Herce.

Victoria por la Palmera y el Cristina [Fot. 61]; partidos de fútbol domingueros en un Parque Alcosa en plena construcción [Fot. 25 y 26]; el derribo inmisericorde de lugares emblemáticos [Fot. 30] y manzanas enteras [Fot. 10]; los músicos ambulantes con el pianillo [Fot. 22]; los aparcamientos de la Feria a 300 pesetas [Fot. 43] o las plazas más céntricas convertidas en modernos y antiestéticos parques de estacionamiento [Fot. 18].

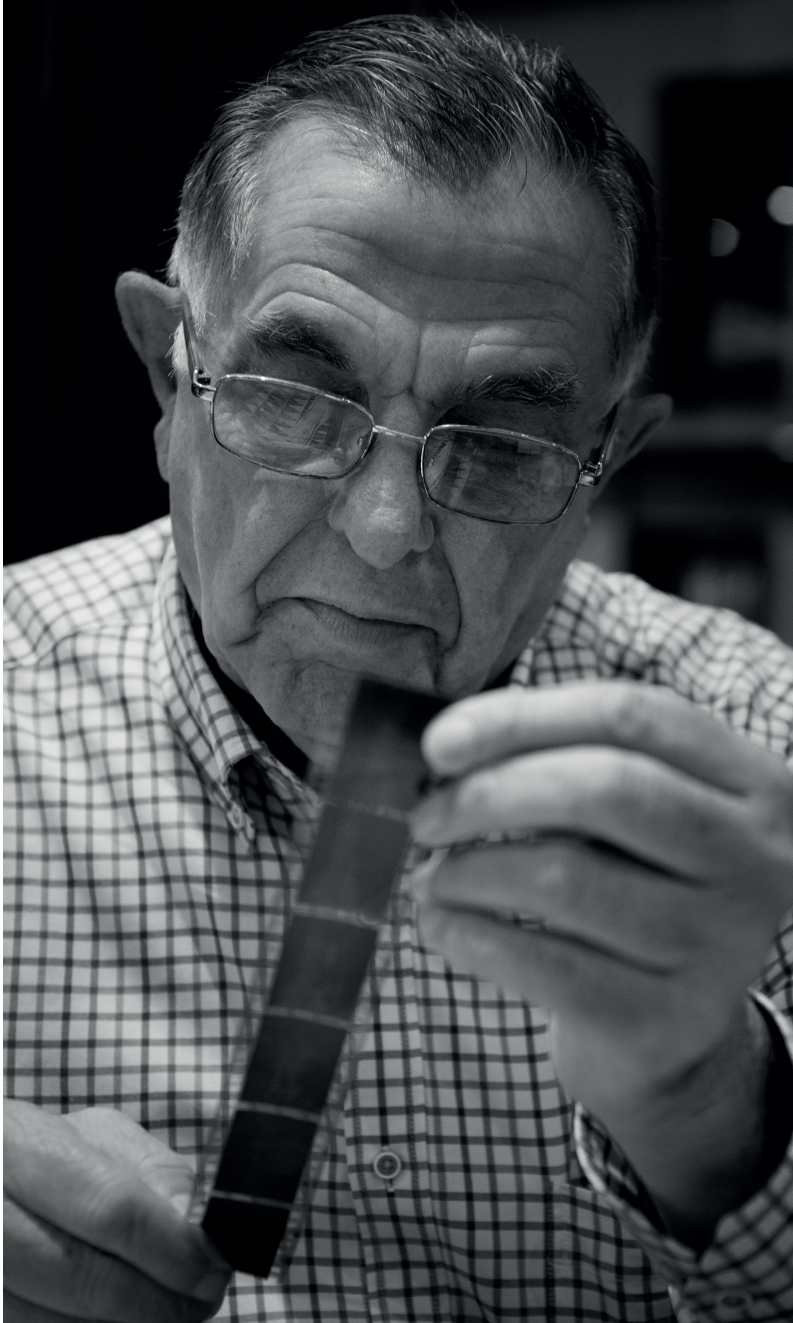
También el archivo de Jesús, que cuida con mimo y repasa diariamente en su casa de Castilleja de la Cuesta, conserva miles de negativos de temática taurina. Cuarenta años de acreditación han dado para mucho. En la bocana de la antigua enfermería —de la cual fue fotógrafo unos años—, entre los tendidos 6 y 8, plasmó glorias —en especial las de su amigo Curro Romero [Fot. 56]— y tragedias; las preocupaciones en el patio de caballos [Fot. 54] y la guasa del respetable [Fot. 57]; tardes de reventón y otras de escaso relieve donde lo más destacado fue la irrupción de una figura hoy en peligro de extinción: el espontáneo [Fot. 58].

Tampoco la muy fotogénica romería del Rocío, y todos los actos que se celebran en torno a la Virgen, le fueron ajenos al objetivo de Jesús Martín Cartaya. Con la familia Arenas —el patriarca Luis y sus hijos— hizo muchos caminos de romería y también reflejó las idas de la Blanca Paloma hasta Almonte [Fot. 51 y 52].

El paso del tiempo y las precarias condiciones de revelado en la Sevilla que va de los cincuenta a los setenta han hecho mella en la conservación de los negativos. Así muchos de ellos muestran las marcas del tiempo que hemos dejado en las fotografías 35 y 39, si bien la paciente restauración a la que han sido sometidos por parte de Pepe Morán ha obrado auténticos milagros. Tampoco Jesús le dio nunca mucha importancia a las fechas en las que fueron tomadas las instantáneas, de ahí que en numerosas de ellas hayamos tenido que recurrir a la clásica datación antecedida del circa.

Una de las cualidades más apreciadas de Jesús, como persona y como fotógrafo, ha sido siempre su discreción, lo que unido a su proverbial saber estar, le ha permitido entrar con su cámara en

Jesús Martín Cartaya, 2016. Fotografía: Pepe Morán.



paraísos cerrados a muchos. Y por supuesto el ser hombre de palabra. Solo así se entiende que un día a principios de los años setenta del siglo XX lo llamara Enrique Jiménez Mendoza, el genial bailaor conocido como Enrique *El Cojo*, para citarlo una tarde en palacio de las Dueñas con el fin de hacer un particular reportaje: una clase a Cayetana, duquesa de Alba [Fot. 72]. En el patio principal de la casa, solos los tres, Jesús pudo plasmar la tremenda complicidad entre maestro y discípula. Al terminar la sesión la duquesa de Alba le pidió a Jesús que ese reportaje no viera la luz hasta que los dos retratados ya no estuvieran en el mundo de los vivos. Y es ahora, tres años después de la muerte de Cayetana, y pasados treinta y dos del fallecimiento de Enrique, cuando Jesús ha recuperado en su archivo estos negativos. También estuvo Jesús en el último tentadero que hizo el marqués de Villamarta en su finca jerezana [Fot. 60], donde un joven y prometedor Rafael Torres preparaba su compromiso en la feria de Sevilla ante los legendarios toros de Miura, y en la finca Villalobillos, del mítico Manuel Benítez *El Cordobés* [Fot. 64], una mañana de tienta seguida de relajada sobremesa antes de torear un festival para la Vejez del Toreo en Sevilla con Alvarito Domecq y Diego Puerta.

Esas características le granjearon la amistad de toda Sevilla —dicho esto sin el menor atisbo de exageración hispalense— y la complicidad ante la cámara se nota en sus retratos. Unos retratos humanos y bondadosos, realistas pero cariñosos, casi siempre con la Ciudad como espléndido decorado: Paco Palacios *El Pali* en la feria [Fot. 63]; el venerable profesor Carande camino de su casa [Fot. 65]; Morales Padrón en el Patio Banderas pocos días antes de dar su silenciado pregón de Semana Santa [Fot. 66]; el cardenal Bueno Monreal, ya muy tocado, con sus incondicionales por una Avenida muy distinta a la de ahora [Fot. 67]; el cardenal Tarancón y la prensa en el patio principal de San Telmo con un jovencísimo Carlos Amigo pendiente de todo [Fot. 68] o Clemente el del Palmar poco después de quedarse ciego [Fot. 69].

Esta exposición, en definitiva, es un acta notarial levantada para dar fe de una pasión estética y amorosa, la que por Sevilla siente Jesús Martín Cartaya.

Jesús Martín Cartaya, 2015. Fotografía: Pepe Morán.

BAR GRAN ALMIRANTE
DUWARD
RELOJERIA
SAN PEDRO
APOLO
HOY
REGINA
HOY
VISTA ALEGRE
SABADO 2 E MARZO DE 1974
MARY SANTPERI
COCHERA SHO
DESDE EL SABADO 2 DE MARZO 1974
LAS GRECAS ES

LA *Sevilla* DE JESÚS MARTÍN CARTAYA

1. El viejo embarcadero, c. 1977

2. Gabarras en la niebla, c. 1965

3. El barranco clausurado, c. 1971

4. Los guardias de La Campana, c. 1975

5. La esquina del maestro Realito, c. 1968

6. Triana desaparecida, c. 1959

7. Las postrimerías del Gran Almirante, 1974

8. Afiches y taxis de antaño, 1974

9. Derribo del teatro San Fernando, 1973

10. La piqueta en acción: manzana Méndez Núñez-Muñoz Olivé-Rioja, c. 1976

11. La Avenida, c. 1977

12. Azar y diversión, 1978

13. Parque móvil en Triana, c. 1979

14. Casa Román: turismo incipiente en Santa Cruz, 1980

15. La prensa en la transición: calle Alvarado, Triana, c. 1979

16. El puesto de Victorina y Carmen en San Pablo, 1960

17. Embotellamiento en Tetuán-Rioja, c. 1973

18. Parking Santa Marta, c. 1971

19. Rinconetes y cortadillos en la Encarnación, c. 1981

20. Rifa ilegal, c. 1981

21. Las dos edades, c. 1982

22. Realismo social, c. 1974

23. Juego de miradas en la Plaza Nueva, c. 1982

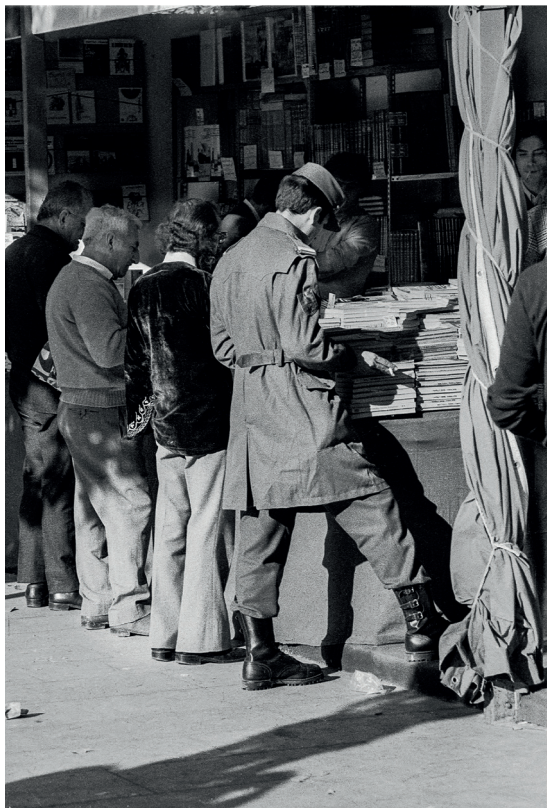
24. Curiosidad y preocupación, c. 1973

25. Parque Alcosa: me gusta el fútbol (I), c. 1974

26. Parque Alcosa: me gusta el fútbol (II), c. 1974

27. Comunistas en el Altozano, c. 1978

28. Religión y política, 1979



29. Cultura y milicia. Feria del libro en la Plaza Nueva, c. 1980

30. Cartelería en una Campana a medio tirar, 1979

31. El reposo del taxista en la calle Martín Villa, c. 1983

32. Televisión comunal, c. 1979

33. De vuelta de los mandados, c. 1980

34. Limpia, fija y da esplendor, c. 1975

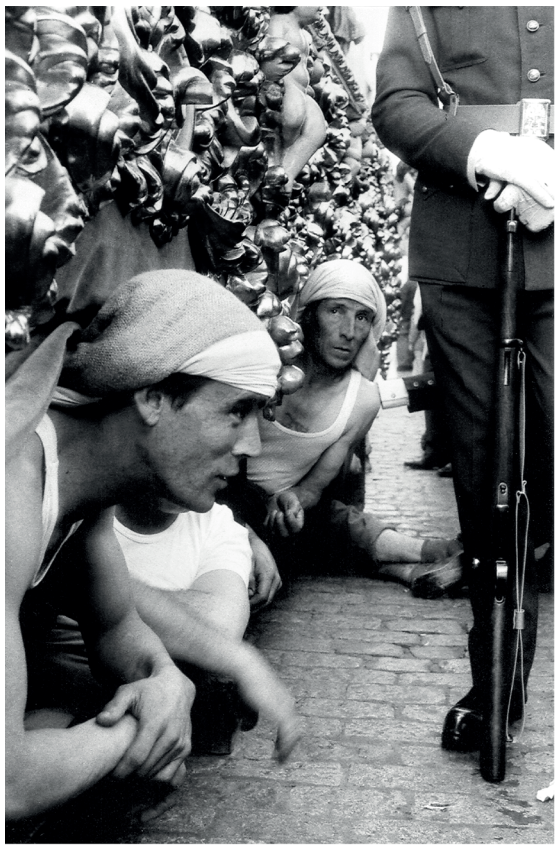
35. El puente del Patrocinio, 1971

36. En vísperas del 92, c. 1989

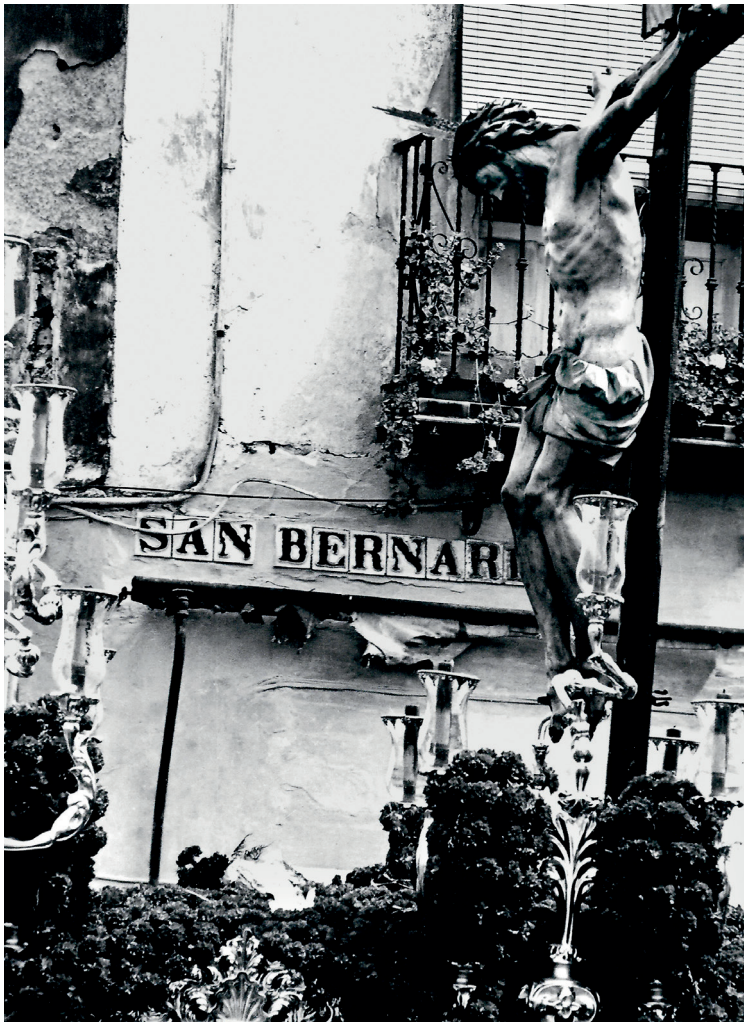
37. Las Santas Misiones, 1965

38. Una procesión por Eduardo Dato, 1965

39. La guardia pretoriana de la Esperanza, c. 1976



40. ¡Presenten armas!, c. 1970



41. Por la calle Ancha de San Bernardo, c. 1982

42. Entretenimiento de Jueves Santo, c. 1976

43. Y dicen que la Feria es cara..., 1978

44. La hora de la siesta, c. 1976

45. «Los Beatles de Torreblanca», c. 1976

46. Neorrealismo feriante, c. 1978

47. La Majestad de la O por la calle Pinzón, c. 1955

48. De vuelta del Corpus, c. 1986

49. Dios en el arquillo, c. 1979

50. El Corpus chico de Triana, 1980

51. La Virgen de los almonteños, 1970

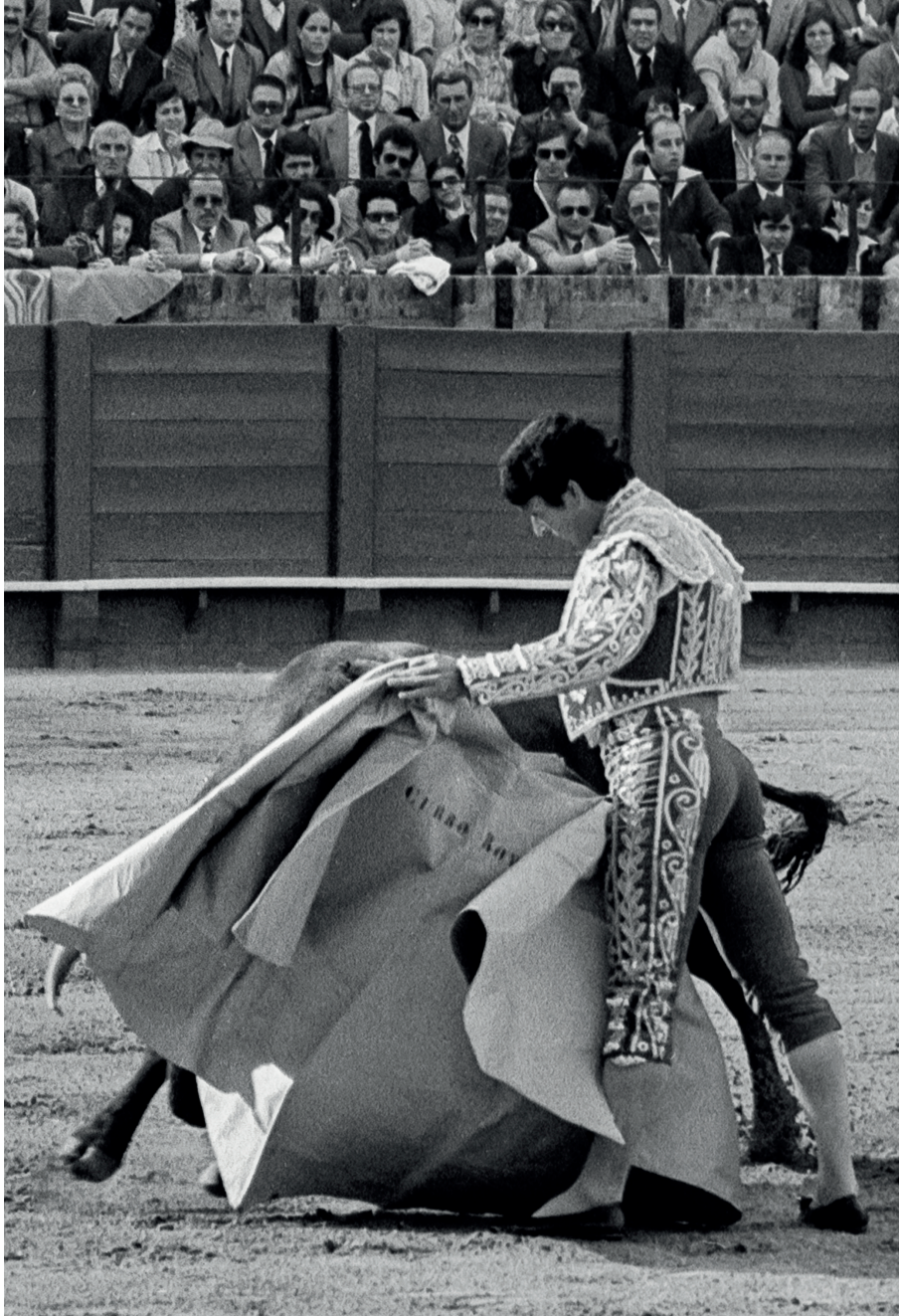
52. La Virgen del Rocío en Almonte, 1970

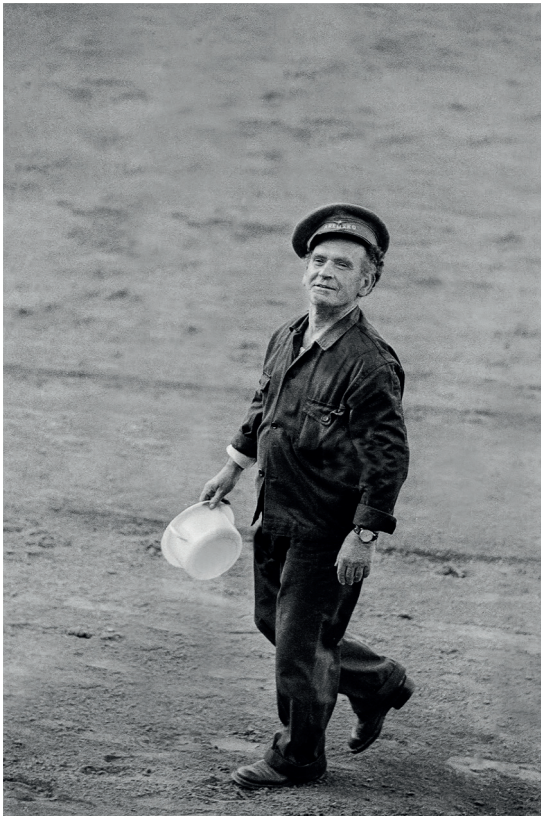
53. Picador de reserva, c. 1983

54. Curro Puya en capilla, c. 1981

55. Manuel Ruiz «Manili». De Cantillana y de la Asunción, c. 1980

56. Eterno Curro, c. 1985





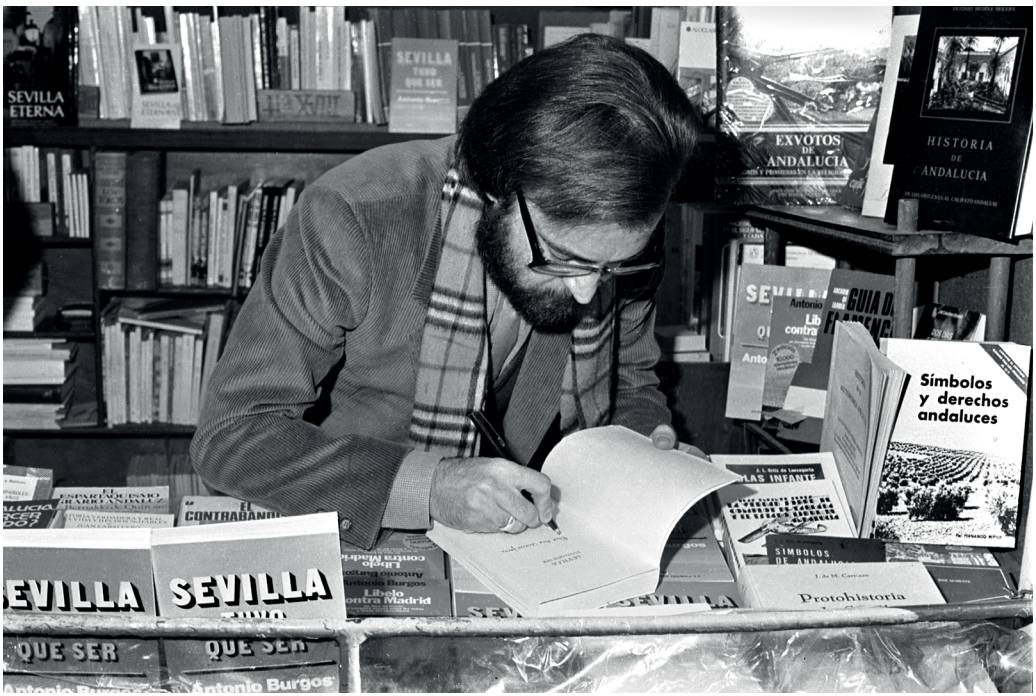
57. Una tarde mala la tiene cualquiera, c. 1983

58. El espontáneo, c. 1975

59. La pequeña cuadrilla, c. 1986

60. El último tentadero del marqués de Villamarta, 1974

61. El general Castejón presidiendo el desfile de la Victoria, c. 1961

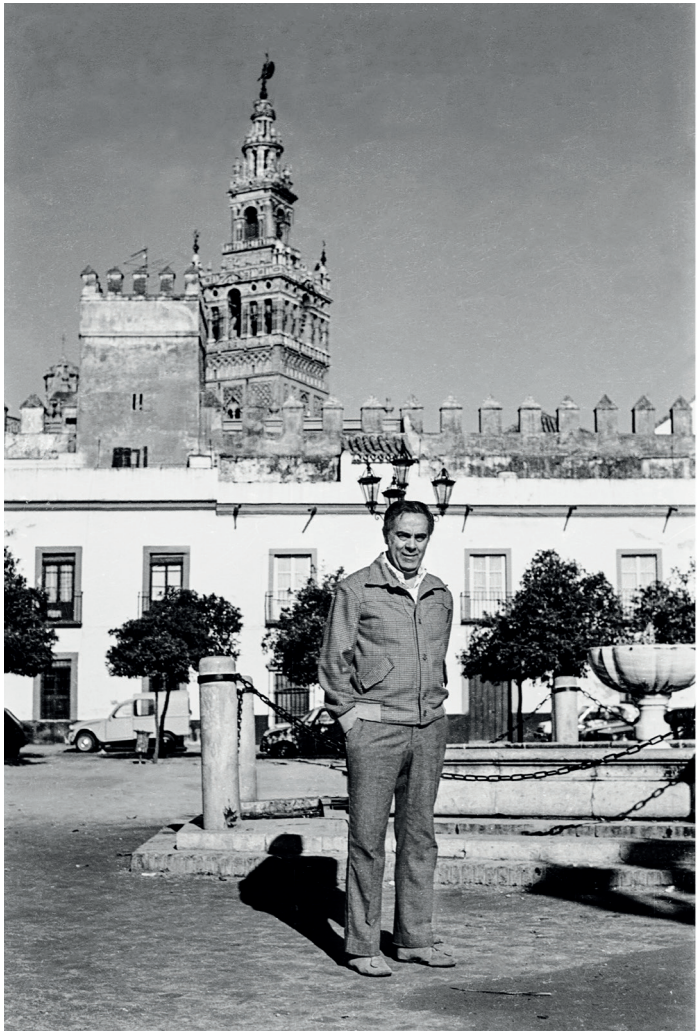


62. Sevilla tuvo que ser según Antonio Burgos, c. 1981

63. Paco Palacios «El Pali», c. 1980

64. El descanso del guerrero, 1978

65. Don Ramón Carande por la antigua alcaicería de la seda, c. 1984



66. La Sevilla insólita del profesor Morales Padrón, 1986

67. Los fieles del cardenal Bueno Monreal, c. 1981

68. Tarancón y la prensa en San Telmo, 1983

69. Clemente el del Palmar de Troya, c. 1980

70. Verídico de Paco Gandía en Cortefiel, c. 1982

71. Doña Croqueta y su corte por la calle Sierpes, c. 1989

72. Lección magistral en el palacio de las Dueñas, c. 1973

MAESTRO DEL INSTANTE

Carlos Navarro Antolín

Dice el sabio que apoya su sabiduría en la barra de la taberna que hay amigos de dar y amigos de recibir. Bajo los efectos del moyate y con la gesticulación alocada y un punto brusca que generan los taninos, distingue entre la gente que siempre está pidiendo favores de aquellos que te dejan la ofrenda de su amistad cada día sin hacer ruido, sin llamar al timbre, sin anunciarse en las vísperas para no forzar compromiso alguno. En Sevilla hay dos formas de ganarse el respeto: generando cierto temor, o sabiendo estar en segunda fila donde hay que estar en cada momento preciso y hacerlo en silencio durante décadas.

Jesús Martín Cartaya (Sevilla, 1938) es el último mohicano de la Leica, la cámara fotográfica alemana que requiere algo más que destreza para su manejo. Es el testigo prudente, discreto y que pasa desapercibido en un sinfín de actos y hechos noticiosos. Es en sí mismo el notario gráfico de la ciudad, sobre todo de la Sevilla de los 60, 70 y 80 del pasado siglo. Corporaciones municipales desde los tiempos del frac a los trajes desestructurados, de las cofradías pobres a los años de dispendio de coronaciones, de las corridas de toros donde era preceptivo el permiso facultativo para lidiar con el estoque simulado, a la plaza remodelada con la nueva puerta del despeje; de la vida cotidiana de una urbe con personajes como el Mudo de Triana, a estampas insólitas como el atrio de una puerta de la Catedral convertida en aparcamiento; del humo del avión estrellado de la Operación Clavel a

un Viernes Santo trianero con la Torre Pelli de testigo, de la Feria de los puestos de lechuga a la de la crisis con la gente llevando ya comida de casa, de las peregrinaciones rocieras con personajes de la realeza a las de los famosos de Triana, de cabalgatas en sepia con Antonio Ordoñez de Rey Mago a la que hoy sale de la antigua Fábrica de Tabacos… Martín Cartaya sigue revelando en papel los negativos en el Fotosupra de la calle Sierpes. Y de la tienda van directamente a los sobres que reparte entre sus amistades, dejándolos en silencio en los mostradores de las empresas, en los buzones de las casas, o en los bares que frecuentan quienes han sido retratados sin saberlo. Un sevillano que recibió por primera vez un sobre de Martín Cartaya con una foto firmada por el reverso, no sabía cómo reaccionar y telefoneó a Antonio Silva de Pablos, que comparte devociones cofradieras con Jesús.

–¿A este señor cuánto se le paga? Porque habrá que pagarle semejante detallazo…
–Nada. Él lo hace así por vocación. Su gran afición es la fotografía y hacer retratos sin que la gente se dé cuenta.

Sobres blancos o sobres marrones comprados en la papelería de la calle Harinas. Martín Cartaya lleva décadas sembrando los periódicos, las hermandades y las casas de sus allegados de unos sobres que utiliza como el pabilo del celador que siempre está listo para mantener encendido el tramo de sus amistades. Tal vez no lo sepa, pero Martín Cartaya tiene el toisón de oro que esta ciudad concede a muy pocos de sus vecinos. Ese toisón lleva como complemento una pensión vitalicia con derecho a que nadie, nunca, hable mal de este sevillano que nació en la espartería de su padre de la calle Reyes Católicos.

Ha disparado fotos en momentos muy delicados en la vida de la ciudad. Cuando el torero Joaquín Camino volvió en un avión con los pies por delante tras dejarse la vida en la Monumental de Barcelona, Martín Cartaya estaba en San Pablo esperando la llegada del féretro. Como sabe estar y nunca incordia, acabó llegando a Camas en el mismo coche fúnebre, sentado junto al chófer. Nunca ha conducido, pero siempre ha llegado a todos los sitios. Su gran clave es la de estar en los sitios donde otros no han estado para captar el instante. Y aplica la máxima del duro y el cambio: quien tiene la foto puede publicarla.

Mucho antes de que los políticos de plantilla inventaran el pretencioso concepto de la Gran Sevilla para potenciar las relaciones entre la urbe y los municipios del área metropolitana, Martín Cartaya llevaba ya años yendo y viniendo de Castilleja de la Cuesta hasta el centro de la ciudad a todas las horas del día. Él en sí mismo era ya un modelo de sevillano que pernoctaba en el Aljarafe y trabajaba y desarrollaba su pasión (la fotografía) en la capital, antes incluso de la constitución del Consorcio Metropolitano de Transportes. Que ya podía el Consorcio declararlo usuario de honor.

Martín Cartaya es un fotógrafo de ruán, tal vez porque su primer contacto con la Semana Santa vino por los cinturones de esparto que se elaboraban en el taller de su padre. Tiene el don de saber estar, del buen árbitro de fútbol que pasa desapercibido. Pocos, por no decir nadie, pueden presumir de haber estado dentro de San Antonio Abad durante la salida del Silencio, un momento vedado incluso a monarcas para los que se había solicitado ese privilegio. Martín Cartaya estuvo allí con su Leica una Madrugada, siendo hermano mayor Juan Delgado Alba, que cuando lo sorprendió lo mandó a taparse en el coro. ¿Cómo entró aquella noche en la iglesia? Por la puerta. Le preguntaron la contraseña y Martín Cartaya, con su gabardina, traje y corbata, la acertó.

–¡Capilla!
–Adelante, buenas noches.

Dicen que ha destruido su archivo secreto, del que jamás ha salido una fotografía, pese a que Interviú le ofreció veinte mil duros a finales de los setenta por las imágenes nunca vistas de la Semana Santa de Sevilla. Nunca haría daño a la Semana Santa, a la que ama con la incondicionalidad de un niño, como si fuera Inmaculada, la mujer que nunca ha sentido celos de esa señora alemana que es Leica. En esa colección secreta había fotos comprometidas, nazarenos y personajes muy conocidos en actitudes bochornosas o que hoy no serían entendidas. Tenía las fotos de una Semana Santa de alcantarilla e indisciplina, una Semana Santa pasada por el vidrio gordo y la chacota. Hizo las fotos para su uso personal y no hace muchos días las pasó por la tijera.

La vida es una riada de los años cincuenta en que el joven Jesús se fue a hacer fotografías arriesgadas del Guadalquivir marineando por la zapata trianera. Su madre, Doña Reyes, se enteró de la osadía de su hijo por un vecino y le dio un merecido sopapo. La vida son las tertulias de su padre con Serrano y Arenas, donde el niño ponía el oído y nació la vocación por la fotografía, la obsesión por la captación del instante. La vida son cuatro madrugadas como último cirial del Gran Poder para cumplir una promesa en los años en que estaba mal visto salir de acólito, unas noches en que Jesús se camuflaba como podía en el alzacuellos cuando era reconocido por el público. La vida es una charla con Álvaro Pastor, catalogando fotografías en la Alfalfa y recreando una ciudad que ya sólo existe en la bolsa de plástico Kodak que contiene esos sobres que son las ofrendas que este señor bondadoso tiene para con sus amistades.

Las juntas de gobierno de las hermandades no toman posesión cuando son sancionadas por la autoridad eclesiástica, sino cuando son retratadas por Martín Cartaya, que sin saberlo ha compuesto los mejores anuncios de Cortefiel y Dustin que jamás hayan soñado las marcas comerciales. ¿Quién tiene fotos de las juntas de gobierno de los años setenta? ¿Quién de la basílica del Rocío en construcción? ¿Quién de un cardenal de la Iglesia por las calles de la Feria? ¿Quién de las primeras turistas en biquini en los tendidos de la plaza de toros? ¿Quién de Antonio Burgos en el palquillo? ¿Quién de don Antonio Colón en sus diálogos con Jesús Nazareno con la Concepción como testigo? ¿Quién de Enrique El Cojo y la duquesa de Alba en Las Dueñas? ¿Quién de los toros abiertos en canal en el desolladero de la plaza? ¿Quién del doctor Vila salvando vidas con el bisturí en la enfermería de la plaza? ¿Quién de los Reyes de España en el coro de la Catedral? ¿Quién del Peregil cantando una saeta en privado a la Familia Real en las dependencias nobles de la Macarena? ¿Quién del entierro de Bandarán, Bueno Monreal o Paquirri? ¿Quién de las corporaciones municipales bajo maza yendo a desayunar al Alcázar tras una procesión del Corpus o de la Virgen? ¿Quién de Su Divina Majestad entrando en el Corral del Conde? ¿Quién de los antiguos costaleros del muelle, rendidos por el esfuerzo de sacar a la Esperanza de Triana, tirados junto al río minutos antes de sacar a La O? ¿Quién del coche fúnebre con los restos mortales de la viuda del maestro Tejera y el paso de palio de la Macarena yéndose por Feria? Nadie como él ha retratado a esos capataces y

costaleros del ayer, en unas fotos que huelen a mezcla de sudor fuerte y vino de garrafa. Nadie ha sacado la personalidad del Mudo de Triana, ramillete de llaves de Santa Ana colgadas del cinturón y los surcos del paso del tiempo en el rostro.

El gran mérito de Martín Cartaya no es el uso del obturador, ni la elección del zoom, ni siquiera ser un aliado del blanco y negro, sino ser un maestro en la primera regla suprema de todo fotógrafo apasionado de la actualidad: ser el único que está en los sitios y capta instantes valiosos. Cuando la era digital ni se intuía, Martín Cartaya disparaba con generosidad la Leica sin importarle el coste de los carretes ni de los revelados. Castilleja de la Cuesta le dedicó una plaza. Sevilla, tal vez sin ser consciente, el toisón de oro de hablar siempre bien de su persona. Y eso más que mérito de Sevilla, es mérito de este sevillano, maestro del instante preciado, señor con bastón y cámara, el último mohicano de la Leica al que un día regalaron una cámara digital.

Publicado en *Diario de Sevilla* el 11 de octubre de 2015

Jesús Martín Cabrejas

Se terminó de imprimir
el día seis de febrero de dos mil dieciocho
en Sevilla

9 788447 219766

Es evidente que todo autor tiene su peculiar manera de mirar y esta exposición intenta mostrar cómo es la mirada de Jesús Martín Cartaya sobre su Ciudad. Una mirada limpia y apasionada, devota y muchas veces desgarradora, vital y optimista en el fondo. Cada fotografía es un ejemplo de atención y tensión máxima para captar lo maravilloso, lo singular, lo insólito de la vida cotidiana en la que todos estamos y vemos, pero que solo el privilegiado observa.

UNIVERSIDAD DE SEVILLA
u cicus
Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla

Red Atalaya
Formaciones
Musicales
Universitarias de
Andalucía
ATALAYA
proyecto

DÉCIMO ANIVERSARIO CENTRO DE INICIATIVAS CULTURALES UNIVERSIDAD DE SEVILLA
10